

El totalitarismo*

*Roberto García Jurado***

Hace aproximadamente 100 años que inició el despegue de los regímenes políticos que a la postre serían denominados totalitarios: la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS), la Italia fascista y la Alemania nazi. En 1921 se impulsó en la URSS la Nueva Política Económica (NEP), que puso cierto orden y dio un respiro a la desorganizada economía soviética posrevolucionaria; en 1922 Mussolini realizó la llamada Marcha sobre Roma, con la cual conseguiría que se le confiriera el mando del gobierno; y en 1923 Hitler emprendería el llamado golpe de Estado de la cervecería, que si bien resultó fallido y lo condujo a un breve encarcelamiento, señalaría el inicio de su popularidad y ascenso hacia el gobierno, que culminaría 10 años después.

De tal manera que este centenario resulta un momento óptimo y propicio para revisar, reflexionar y actualizar el concepto de *El totalitarismo*, por lo que no puede resultar más oportuno este texto de David R. Roberts que comenzó a circular recientemente en español.

Como su nombre lo indica de manera más o menos transparente, el totalitarismo es un concepto específico que se utiliza para caracterizar a un tipo de régimen político en el que el Estado pretende lograr un sometimiento y una dominación total de la sociedad y el individuo, es decir, que todas y cada una de las actividades e ideas de los miembros de la sociedad estén ordenadas y controladas por las autoridades políticas. De este modo, si bien el siglo XIX atestiguó el desarrollo y difusión de

* Reseña de la obra de David D. Roberts, *El totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2022.

** *Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

las ideas liberales y del liberalismo en Europa occidental, e incluso en otras partes del mundo, el siglo XX acogió a los Estados totalitarios.

Entonces, el totalitarismo bien podría considerarse una reacción frente al liberalismo en esa misma región geográfica, que ahora se había institucionalizado con la forma de democracias liberales, asentadas en todo un repertorio de valores liberales, pluralistas y tolerantes, contra los que vino a enfrentarse este otro tipo de regímenes que esgrimían valores pretendidamente comunitarios, solidarios e integracionistas.

En este sentido, no puede pasarse por alto, ni resultar más significativo, que el régimen soviético haya desplazado al gobierno provisional de Kerensky que, si bien actuaba en un entorno caótico e imprevisible, parecía abrir el espacio para la lucha democrática; de la misma manera, la Marcha sobre Roma estuvo precedida y casi impulsada por el patente desequilibrio del gobierno italiano, al cual el rey Vittorio Emanuele no supo o no quiso ponerle un remedio institucional, otorgando voluntariamente la jefatura del gobierno a Mussolini; del mismo modo, se ha convertido casi en una referencia proverbial la inestabilidad de la República de Weimar, por lo que el ascenso de Hitler fue visto por una buena parte de la sociedad alemana como una solución política aceptable. En general, como puede verse, los regímenes totalitarios se desarrollaron a partir de un entorno institucional democrático embrionario y vacilante, y de valores liberales aún en definición y maduración, es decir, en democracias liberales débiles o en construcción, lo que permitió a los potenciales líderes totalitarios fortalecerse y presentarse como alternativa viable y compensatoria.

Estos tres países no sólo constituyen los ejemplos típicos y paradigmáticos del totalitarismo, sino que también, y tal vez a causa de ello, protagonizaron el conflicto bélico más importante del siglo XX, y tal vez uno de los más importantes en la historia de toda la humanidad.

De este modo, podría decirse que el texto de Roberts se propone tres objetivos básicos: el primero, ofrecer un panorama de autores y textos que se han ocupado del tema del totalitarismo, tanto antes de la gran guerra de mediados del siglo XX, como posteriores a ésta; el segundo, un análisis y revisión de la experiencia histórica del totalitarismo protagonizada por los tres regímenes a los que se ha hecho alusión; y el tercero, un recuento de los regímenes posteriores a la guerra, llegando hasta la actualidad, que podrían considerarse plena o parcialmente totalitarios.

De los autores y textos anteriores a la guerra que menciona Roberts, habría que destacar en primer lugar a Giovanni Gentile y Carl Schmitt, aunque los más conocidos y sistemáticos datan de la posguerra, de

entre los que se puede mencionar a Karl Popper, Jacob Talmond, David Riesman, Herbert Marcuse y muchos otros, algunos muy recientes. Sin embargo, sin duda alguna, como lo enfatiza adecuadamente Roberts, tres nombres y tres textos son los que fueron y siguen considerándose clásicos en este tema: Hanna Arendt, *Los orígenes del totalitarismo* (1951); Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, *Dictadura totalitaria y autocracia* (1956); y Georges Orwell, *1984* (1949). Los dos primeros son los textos académicos imprescindibles sobre el tema, y el tercero, a pesar de ser una novela de ficción, constituye una de las ilustraciones más sugerentes y didácticas sobre este tipo de regímenes.

Roberts hace algunas alusiones a los fundamentos teóricos de estos dos grandes textos sobre el totalitarismo, pero no se ocupa de analizarlos a fondo y detalladamente, ni es tan explícito en sus señalamientos críticos como podría haberlo sido. Sin embargo, aunque dispersas, bien podrían señalarse cuatro de sus críticas más relevantes a la teoría sobre el totalitarismo de Hanna Arendt: la primera es que si bien Arendt había considerado a la URSS y a la Alemania nazi como ejemplos exclusivos del totalitarismo, Roberts plantea enfática y reiteradamente que debe incluirse también a la Italia fascista; la segunda es que mientras Arendt concebía como un rasgo típico y fundamental del totalitarismo la dominación social total, Roberts considera que el control y predominio que estos regímenes ejercieron sobre su sociedad nunca fue tan sistemático ni exitoso; la tercera es que mientras Arendt asume que la dominación total era un proyecto planeado y premeditado por los líderes políticos de estos regímenes, Roberts considera que siempre hubo tal espontaneidad, improvisación y transitoriedad, que difícilmente podría considerarse que hubiera un modelo teórico de totalitarismo antes de su implementación; y finalmente, la cuarta, para Roberts los alcances de la policía política del totalitarismo y el terror que infundió en la sociedad no llegaron a los dramáticos extremos que describió Arendt. Más allá de la justeza o aceptabilidad de estas críticas que Roberts dirige a Arendt, que bien podrían analizarse y revisarse a partir de una atención minuciosa al texto original, bien valdría la pena reflexionar sobre estas cuestiones que denota.

Roberts tampoco emprende un análisis muy detallado de la obra de Friedrich y Brzezinski, sin embargo, y aunque no lo hace completamente explícito, parece tener muchas más coincidencias con estos autores que con Arendt. Basta considerar que reproduce con cierta aprobación las seis características que estos autores utilizaron para tipificar al totalitarismo, las cuales se han vuelto una referencia obligada:

1. Una ideología totalitaria que cubre todos los aspectos de la existencia humana.
2. Un partido único, típicamente liderado por una persona; en cierto sentido es un partido de masas, pero incluye sólo a una minoría, sólo a los más fieles.
3. El monopolio de las armas y, por tanto, el monopolio del control de los medios de lucha armada.
4. El monopolio de las comunicaciones, incluido el control de los medios de comunicación de masas, posible gracias a las nuevas tecnologías.
5. El control policial terrorista que se sirve de la psicología científica y que no sólo está dirigido contra enemigos demostrables del régimen, sino también contra sectores arbitrariamente escogidos de la población.
6. La economía de planificación y dirección centralizada.

Sobre Orwell, Roberts expresa sencillamente su acuerdo con Irving Howe en el sentido de que el escritor británico “nos ha legado la visión más gráfica del totalitarismo que jamás se haya escrito”.

Luego de esta mención obligada, necesaria e imprescindible sobre estos tres grandes libros, Roberts continúa su repaso por la literatura concerniente al totalitarismo, hasta llegar a los autores más recientes que se han ocupado del tema. Sin embargo, es necesario señalar que la lectura que ha hecho Roberts de todos esos autores es bastante acrítica, anodina, e incluso podría decirse que resulta meramente testimonial. Casi todo el capítulo 4 de su texto lo utiliza para realizar esta tarea, en la que se limita a ofrecer una mera reseña genérica, destacando lo que cada autor opina o determina del totalitarismo, sin que él aplique ningún filtro, tamiz o revisión crítica. De esta manera, no podría decirse que el texto de Roberts sea una guía útil para discriminar y jerarquizar la importancia de las contribuciones teóricas que se han realizado en esta materia desde el fin de la segunda guerra hasta nuestros días.

Más aún, hay un problema adicional, tal vez mayor, y es el de que Roberts incluye en la categoría de regímenes totalitarios a la China de los años recientes, la Rusia de Putin y al Estado Islámico.

En los primeros capítulos del texto, Roberts establece adecuadamente que totalitarismo no es lo mismo que autoritarismo, que hay una diferencia sustancial, lo cual resulta importante para afirmar la particularidad del concepto y su potencial explicativo sobre este tipo de regímenes políticos. De la misma manera, especifica que este concepto se debe aplicar sólo a

regímenes laicos, no teocráticos o que se basaran de algún modo en la religión para imponer su dominación política. Por eso es que sorprende que cuando alude a estos regímenes políticos no aborde la discusión ya muy difundida de si se trata de regímenes autoritarios o totalitarios, o en su caso fundamentalistas. Es decir, desafortunadamente, si el público lector se acerca a este texto con la expectativa de encontrar una reflexión y discusión sobre esta cuestión, no la va a encontrar.

De manera acertada, Roberts recupera de Friedrich y Brzezinski la idea de que no sólo se debe considerar al totalitarismo como un tipo puro y acabado de régimen político, sino también como parte de una escala de dominación autoritaria, como el extremo de un espectro al que ciertos regímenes se acercan o alejan en función de los factores de legitimación y dominación que utilicen. Y esta reflexión, que sería muy útil y pertinente, también está ausente en este texto.

De manera que Roberts tuvo una inspiradora idea a la hora de abordar y reexaminar este concepto fundamental, aunque desafortunadamente no puede decirse lo mismo de la ejecución de su proyecto.